

25. SOIS PUEBLO DE DIOS

“Sois un linaje elegido, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa” (1 Pe 2,9)

La misión de los Apóstoles empezó a fructificar bajo el impulso del Espíritu Santo. Muchos hombres y mujeres de diversas naciones acogieron la fe. Con el tiempo nacieron comunidades cristianas en Filipos, Tesalónica, Corinto, Éfeso, Colosas, Antioquía y Roma, la capital del Imperio. También fueron evangelizados territorios de oriente y del norte de África.

La predicación del Evangelio no tardó en llegar a la península Ibérica, que era el extremo occidental del mundo entonces conocido. Según la tradición, los pueblos de España recibieron el Evangelio gracias a los apóstoles Pablo y Santiago, y a comerciantes, soldados y esclavos convertidos a Cristo.



Los Apóstoles fundaron Iglesias y pusieron al frente de las mismas a algunos hombres, para que les sucediesen en la misión que ellos mismos habían recibido del Señor. De estas Iglesias apostólicas, como brotes nuevos, han surgido las Iglesias de todos los tiempos. Aunque han sido y son numerosas, forman una sola Iglesia apostólica, el nuevo pueblo de Dios.

Tanto los primeros discípulos como los de hoy, tenemos la certeza de que, gracias al Espíritu, Jesús resucitado permanece en medio de nosotros. En todo el Nuevo Testamento la comunidad cristiana tiene una conciencia viva

de la presencia del Señor en ella. No da testimonio de Jesús como de una persona ausente, sino como de alguien vivo y presente, lo celebra en la liturgia, lo invoca, vive y muere por él, y con su Espíritu se ve siempre perdonada y vivificada. Con todo, no podemos identificar la Iglesia con Cristo. Jesús y la Iglesia son inconfundibles entre sí. Él sobrepasa infinitamente a la iglesia y, en cuanto Señor de la Iglesia, su palabra, su vida y su entrega hasta la muerte es la norma a la que la comunidad cristiana debe atenerse siempre.

La Iglesia de Jesucristo sabe que la luz y la fuerza del Espíritu Santo, que el Señor le prometió, la mantiene, paciente y fiel, aun en medio de las dificultades y las persecuciones que experimenta sin cesar. Ella conserva, íntegra, la unidad de la fe, y mantiene viva la comunión fraterna, reforzando los vínculos de paz y mutua hospitalidad entre las diversas comunidades cristianas, acudiendo solícita en ayuda de las más necesitadas.

La Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios.-

Dios había elegido a Israel entre los demás pueblos. No lo eligió por su grandeza, sino por amor y para que fuese “luz de todas las naciones”. Por la elección y la Alianza, Israel es un pueblo santo.

Aunque no siempre fue fiel a ese pacto de amor, sí hubo hombres y mujeres que se fiaron por completo de Dios, los pobres de Yahvé. En su vida pública, Jesús reunió en torno suyo a algunos de ellos y escogió a los doce Apóstoles con la intención de congregar consigo al nuevo Pueblo de Dios. Con su muerte, su resurrección y con el envío del Espíritu Santo, instituyó la Alianza nueva y eterna de Dios con todos los hombres, ya fuesen judíos o gentiles.

La Iglesia es el pueblo de la nueva Alianza, es el nuevo Pueblo de Dios, el nuevo Israel.

Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica.-

- Decimos que **la Iglesia es una** porque el Espíritu Santo une a los cristianos en Cristo, el único Señor, a fin de que, unidos en la fe, la esperanza y el amor, formen la familia de los hijos de Dios, único Padre de todos.
- Decimos que **la Iglesia es santa** porque es santo su fundador: Jesucristo; es santo el fin que busca: la santificación de todos los hombres; y son santos los medios que Cristo ha dado para alcanzar su fin: la Palabra y los sacramentos.
- Decimos que **la Iglesia es católica** porque ha sido establecida por Jesucristo, para que hasta el fin del mundo lleve la salvación a todos los hombres, de todos los pueblos y de todas las culturas; y porque profesa, enseña y comunica toda la verdad de Jesucristo.
- Decimos que **la Iglesia es apostólica** porque se fundamenta sobre los Apóstoles que Jesús eligió y envió, y porque mantiene siempre vivo y eficaz lo que los Apóstoles enseñaron e hicieron, gracias a la ayuda del Espíritu Santo y al ministerio de sus sucesores, los obispos unidos al Papa.

Estas son las cuatro propiedades de la Iglesia y de su misión. La Iglesia no las tiene por ella misma; es Cristo quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica; él es también quien la llama a ejercitar cada una de estas propiedades o cualidades.



El Espíritu Santo instruye a la Iglesia en la vida de oración.-

El Espíritu Santo enseña y recuerda a la Iglesia lo que Jesús dijo, e inspira a los cristianos diversas formas de orar, *todas ellas presentes en la eucaristía.*

- **Bendición** es la respuesta agradecida a los dones de Dios: bendecimos a Dios, que nos bendice primero y nos llena de sus dones.
- **Adoración** es la oración de quien se reconoce criatura ante su Creador y se postra ante él, que nos salva y nos libera del mal.
- **Petición** es la forma de oración por la que pedimos perdón y suplicamos, humilde y confiadamente, por nuestras necesidades espirituales y materiales; pero la primera realidad que debemos pedir es la llegada del Reino de Dios.
- **Intercesión** es pedir a favor de otro, sin límites ni fronteras, incluso pedir por los enemigos.
- **Acción de gracias** es agradecer a Dios todos los acontecimientos que vivimos y dones que recibimos.
- **Alabanza** es reconocer que Dios es Dios, nuestro Padre que nos ama siempre.

En el siglo XIX, siendo aún muy joven, santa Teresita del Niño Jesús ingresó en el monasterio de carmelitas de Lisieux, en Francia, dedicando su vida a Dios y practicando la humildad y la sencillez evangélica: *“He hallado mi propio lugar en la Iglesia. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor”*